



**EL LIBRO DEL TÉ**  
**KAKUZŌ OKAKURA**  
**ISIDRO FERRER**

LIBROS DEL



ZORRO ROJO





茶

**EL LIBRO DEL TÉ**  
**KAKUZŌ OKAKURA**  
**ISIDRO FERRER**

*Traducción:*  
**JOSÉ PAZÓ**

\*



## Índice

7	...	1. Una taza de humanidad
19	...	2. Las escuelas del té
32	...	3. Taoísmo y <i>zenismo</i>
67	...	4. El recinto del té
85	...	5. Apreciación artística
97	...	6. Flores
113	...	7. Los maestros del té
169	...	Esa obstinada belleza <i>por</i> Isidro Ferrer
171	...	<i>Notas</i>
187	...	Biografías



## 1. Una taza de humanidad

El té comenzó como medicina y terminó siendo una bebida. En la China del siglo VIII, entró en el terreno de la poesía como un divertimento cortesano. En el siglo XV, Japón lo ennobleció al convertirlo en una religión estética: el *teísmo*<sup>1</sup>, un culto basado en la adoración de lo bello a pesar de la sórdida realidad de la existencia diaria. El *teísmo* propaga la pureza y la armonía, el misterio de la caridad recíproca y el romanticismo del orden social. Esencialmente, es la adoración de lo *imperfecto* y un suave intento por alcanzar algo posible en esa cosa imposible que conocemos como vida.

La filosofía del té no es un mero esteticismo en el sentido corriente del término, ya que incluye, además de ética y religión, nuestra visión integral del ser humano y de la naturaleza. Es higiene, puesto que refuerza la limpieza; es economía, ya que muestra preferencia por lo simple antes que por lo complejo y lo caro; y es geometría moral, en tanto en cuanto define nuestro sentido de proporción del universo. Representa el verdadero espíritu de la democracia oriental, ya que convierte a todos en aristócratas del gusto.

El largo aislamiento de Japón del resto del mundo<sup>2</sup>, tan propiciador de la introspección, fue favorable para el propio desarrollo del *teísmo*. Nuestro hogar y nuestras costumbres —la ropa, la cocina, la porcelana, la laca y la pintura—, nuestra misma literatura; todo en mi país ha estado sometido a su influencia. Ningún estudioso de la cultura japonesa podrá ignorar su presencia. Ha permeado la elegancia de los salones más nobles y ha penetrado en las moradas más humildes. De forma coloquial, hablamos de la persona «sin té» cuando es insensible a la naturaleza tragicómica del drama personal. Y también estigmatizamos al excesivo esteta que, despreciando la tragedia mundana, se abandona al torrente de emociones exageradas y es considerado como alguien «con demasiado té».

El extranjero puede asombrarse de que se le dé tanta importancia al té. «¡Qué tempestad para una taza de té!», podría decir. Pero cuando consideramos cuán pequeña es la copa del placer humano, lo pronto que se colma con lágrimas y lo rápido que la vaciamos en nuestra insaciable sed por lo infinito, entonces quizás podamos perdonar semejante importancia proyectada sobre una simple taza de té. La humanidad ha hecho peores cosas. En el culto a Baco, a menudo nos hemos sacrificado de

9 forma voluntaria, e incluso hemos alterado la violenta imagen de Marte. ¿Por qué no consagrarnos entonces a la reina de las camelias<sup>3</sup> y disfrutar del cálido aliento de simpatía que desciende de su altar? En el ámbar líquido contenido en la porcelana marfileña, el iniciado puede entrar en contacto con la dulce reticencia de Confucio, la picardía de Lao Tse<sup>4</sup> y el aroma etéreo del mismo Shakyamuni<sup>5</sup>.

Aquellos que no son capaces de sentir la pequeñez de las grandes cosas en sí mismos pueden pasar por alto la grandeza de las pequeñas cosas en los demás. El occidental medio, en su impoluta complacencia, no verá en la ceremonia del té más que otro ejemplo de las mil y una rarezas que constituyen, para él, el curioso primor y la ingenuidad de Oriente. Mientras Japón se dedicó a las gentiles artes de la paz, Occidente lo consideró un pueblo bárbaro; comenzó a llamarlo «civilizado» cuando empezó a cometer matanzas en los campos de batalla de Manchuria<sup>6</sup>. Últimamente, se ha hablado mucho de El Código del Samurái<sup>7</sup> —el arte de la muerte que promueve en nuestros soldados el sacrificio personal—, pero no se ha prestado casi atención al *teísmo*, que representa una parte importante de nuestro arte de la vida. Y, como bárbaros, seríamos felices si nuestra aspiración

ido a China a estudiar la escuela zen del sur. Las semillas que trajo fueron plantadas con éxito en tres lugares, uno de los cuales —el distrito de Uji, cerca de Kioto— tiene la fama, aún hoy, de producir el mejor té del mundo. La variante sur del zen se propagó con increíble rapidez por Japón, y con ella el ritual del té, producto de la conceptualización que habían llevado a cabo en China los Song. En el siglo xv, bajo el patronazgo del sogún<sup>39</sup> Ashikaga Yoshimasa<sup>40</sup>, la ceremonia del té alcanzó madurez como rito secular independiente de la religión. Así se constituyó el *teísmo* en Japón. La preparación del té en infusión de la China de los últimos tiempos es comparativamente reciente entre nosotros, y la podemos datar hacia la mitad del siglo xvii. Sustituyó al té en polvo en el consumo diario, pero este último todavía ostenta el cetro entre los distintos estilos de esta bebida.

Los ideales del té alcanzan su punto culminante en la ceremonia del té japonesa. Nuestra exitosa resistencia a la invasión mongola en 1281 nos permitió continuar con las tradiciones Song, tan desastrosamente eliminadas en China por las invasiones nómadas. El té se convirtió, entre nosotros, en algo más que la mera idealización de un tipo de bebida. Pasó a ser una religión del

31 arte de la vida. La bebida llegó a ser una excusa para el culto a la pureza y al refinamiento; una función sagrada en la que el huésped y el invitado se reunían para producir un momento de excelsa beatitud que trascendía lo mundano. La habitación del té era un oasis en medio del sombrío desperdicio de la existencia. Un lugar donde exhaustos viajeros podían encontrarse para beber de la fuente común de la apreciación artística. La ceremonia era un drama improvisado cuyo argumento se desarrollaba alrededor del té, de las flores y de los dibujos. No había un solo color que perturbara el tono de la habitación, ni un sonido que rompiera el ritmo de las cosas, ni un gesto que alterara la armonía, ni una palabra que quebrara la unidad del entorno: todos los movimientos se desarrollaban simple y naturalmente. Estos eran los objetivos de la ceremonia del té. Y, aunque parezca extraño, a menudo se alcanzaban. Por debajo de todo esto subyacía una sutil filosofía: el *teísmo* era taoísmo disfrazado.

No debemos perder de vista la totalidad de la obra para actuar de forma adecuada en cada una de sus partes. La idea del conjunto nunca debe perderse en la del individuo. Lao Tse lo ilustra mediante su querida metáfora del vacío. Afirmó que solo en el vacío descansa lo verdaderamente esencial. La realidad de una habitación, por ejemplo, yace en el espacio contenido por el techo y muros, no en el techo y los muros en sí mismos. La función de una jarra de agua reside, no en su forma ni en su material, sino en el hueco que describe y que puede ser rellenado. El vacío es absolutamente poderoso porque puede contenerlo todo. Solo en el vacío es posible el movimiento. Aquel que logre hacer de sí mismo un vacío en el que los otros puedan entrar libremente se convertirá en dueño de todas las situaciones. El todo siempre domina a la parte.

Estas ideas taoístas han influido en muchas teorías de la acción, incluso las concernientes a la lucha y a la esgrima. El Jiu-jitsu, el arte japonés de defensa personal, debe su nombre a un fragmento del *Tao Te Ching: El libro del camino y la virtud*. En el Jiu-jitsu se intenta cansar al contrincante mediante la no resistencia y el vacío, para conservar las propias fuerzas mientras el enemigo agota las suyas y, así, vencerlo en la lucha final.

41 La importancia de este mismo principio en el arte está contenida en el valor de las sugerencias. Al dejar algo sin ser dicho, el observador tiene la oportunidad de completar la idea; de esta forma, una obra de arte atrae irresistiblemente la atención, y quien la contempla entra a formar parte de ella. Ante él se levanta un vacío para ser completado con la totalidad de su emoción estética.

Para los taoístas, el hombre verdadero es aquel que ha llegado a dominar el arte de la vida. Al nacer, entra en el reino de los sueños, que solo abandona tras morir. Atempera su propio brillo para armonizarse con la oscuridad de los demás. «Es cuidadoso, como el que cruza un arroyo en invierno; dubitativo, como el que no conoce su entorno; respetuoso, como el huésped; sensible, como el hielo que está a punto de derretirse; inocente, como el trozo de madera todavía no tallado; hueco, como un valle; sin forma, como las aguas revueltas.<sup>52</sup>» Para él, los tres tesoros de la vida son la piedad, la frugalidad y la modestia.

Si centramos nuestra atención en el *zenismo*, veremos que enfatiza las enseñanzas del taoísmo. Zen es una palabra con origen sánscrito, *dhyana*, cuyo significado es «meditación». Sostiene que a través de la continua

El término «morada del vacío», además de transmitir la teoría taoísta de la inclusión del todo, conlleva la idea de una continua necesidad de cambiar los motivos decorativos. El recinto del té está absolutamente vacío, excepto por los elementos cambiantes, dispuestos para satisfacer un gusto estético temporario, casi momentáneo. Alguien puede llevar un objeto artístico especial para la ocasión y, en ese caso, todos los otros elementos se seleccionan y presentan para realzar aquel principal. Igual que no se puede escuchar varias composiciones musicales al mismo tiempo, la comprensión real de lo bello es posible únicamente mediante la concentración en un motivo central. Por esta razón, la forma de decorar nuestras salas del té se opone al sistema occidental, en el que el interior de una casa ideal muchas veces se asemeja a un museo. Para un japonés acostumbrado a la simplicidad en la decoración y al cambio frecuente de elementos ornamentales como método, un interior occidental, permanentemente lleno de numerosos cuadros, estatuas y un sinfín de cachivaches, produce la impresión de un mero y vulgar despliegue de dinero. Es necesaria una enorme cantidad de atención para poder disfrutar de la visión continuada de una obra, aunque sea una obra maestra. De la misma forma que vivir día tras día en medio de la confusión de colores y

81 formas que se puede observar en los hogares de Europa y América exige, sin duda, una cantidad ilimitada de sentimiento artístico.

La expresión «morada de lo asimétrico» nos lleva a otra faceta de nuestro sistema decorativo. La ausencia de simetría en el arte japonés ha sido comentada a menudo por los críticos occidentales. También esto es el resultado de la combinación de los ideales del zen y del Tao. El confucianismo, con su asentada idea del dualismo, y el budismo del norte, con su culto a la trinidad, nunca han rechazado la simetría. De hecho, si estudiamos los broncees de la China antigua o las artes religiosas de la dinastía Tang y del período Nara, lo que vemos es una constante búsqueda de la simetría. La decoración de nuestros interiores clásicos era decididamente regular en su ordenación. El concepto taoísta y zen de la perfección era, sin embargo, diferente. La naturaleza dinámica de su filosofía ponía más énfasis en el proceso de búsqueda de la perfección que en la perfección misma. La verdadera belleza podía descubrirse solo mediante el proceso mental de completar lo incompleto. El vigor del arte y de la vida radica en su posibilidad de compleción. En el recinto del té se deja que cada uno de los invitados complete por sí mismo el

## 6. Flores

En el tembloroso gris de un amanecer primaveral, cuando los pájaros comienzan a susurrar cadencias misteriosas en los árboles, ¿no es fácil tener la sensación de que están hablando sobre flores? Seguro que, en el desarrollo de la humanidad, la apreciación de las flores ha sido coetánea a la poesía amorosa. ¿Dónde mejor que en una flor, dulce en su inconsciencia, fragante por su silencio, podemos imaginar el surgimiento de un alma virginal? Cuando el hombre primigenio ofreció la primera guirnalda de flores a su doncella, trascendió al bruto. Se hizo humano al elevarse sobre las crudas necesidades de la naturaleza y, al percibir la sutil utilidad de lo inútil, entró en el reino del arte.

Tanto en la tristeza como en la alegría, las flores son nuestras constantes compañeras. Nos casamos y bautizamos con flores. No queremos morir sin ellas. Hemos adorado la lila, meditado con el loto y hemos cargado contra el enemigo en la batalla con la rosa y el crisantemo. Incluso hemos intentado hablar el lenguaje de las flores. ¿Cómo podríamos vivir sin ellas? Aterra imaginar un mundo desprovisto de su presencia. Dan consuelo al enfermo en su lecho e iluminan con rayos de alegría la

oscuridad de los espíritus rotos. Su serena ternura da nueva vida a nuestra menguante confianza en el universo, tal como la mirada clara de un bello niño restaura nuestras esperanzas perdidas. Y cuando yacemos en el polvo, ellas simbolizan el dolor sobre nuestras tumbas.

Aunque sea triste, no podemos ocultar el hecho de que, a pesar de nuestra camaradería con las flores, hemos sido incapaces de separarnos de nuestra primitiva condición. Basta con rascar en nuestra superficie para que el lobo que está dentro de nosotros muestre sus dientes. Se ha dicho que el ser humano es un animal a los diez años, un lunático a los veinte, un fracaso a los treinta, un fraude a los cuarenta y un sucio criminal a los cincuenta. Nada es real para nosotros, excepto el hambre; nada es sagrado, excepto nuestros propios deseos. Los templos se han derrumbado, uno tras otro, ante nuestros ojos, pero ha permanecido desde siempre un altar, ese donde quemamos incienso al ídolo supremo: nosotros mismos. ¡Nuestro dios es enorme, y su profeta, el dinero! Devastamos la naturaleza y la sacrificamos en honor al dinero. Nos jactamos de haber dominado la materia y olvidamos que es la materia la que nos ha esclavizado a nosotros. ¡Qué atrocidades no perpetramos en nombre de la cultura y del refinamiento!















